El silencio de la montaña

Juan Maldonado Espinosa

Primera edición, mayo de 2026
© Juan Maldonado Espinosa, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A, 28500
Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com
Diseño de portada: autor de diseño

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 979-13-88206-27-6
THEMA: FBA - 3MP - 1DSE
DEPÓSITO LEGAL: M-12341-2026

El silencio de la montaña

Juan Maldonado Espinosa

Avant
editorial

Para Gerard

I

De repente un rayo rasgó el cielo, sobresaltándolo. Se detuvo un instante y, poniendo la mano a modo de visera, dirigió la vista hacia arriba. Las nubes, negras y amenazantes, iban confluyendo desde el este cubriendo rápidamente todo el contorno. En pocos minutos aquellas negras nubes engullirían el sol que aún brillaba en medio de un espacio cada vez más reducido. Miró su reloj de pulsera. Eran las cinco y veinte de la tarde de mediados de octubre y el otoño se hacía notar en todo su esplendor: árboles dorados, matojos cubiertos de bayas y aquel ambiente de tonos ocres, un tanto romántico y desencantado que a él le producía una cierta nostalgia y un punto de tristeza. Era como si aquel bello y decadente decorado, prólogo del largo invierno que se avecinaba, fuera como el espejo donde se reflejaba toda su vida. Aunque, tenía que reconocerlo, en el fondo le encantaba aquella estación del año, cuando el pueblo, libre ya de veraneantes, recobraba toda su esencia en aquella rutina diaria lenta y monótona que solo era interrumpida, de tanto en tanto, por el rodar de algún carro, la llegada del autobús de línea y el griterío en el recreo de los cuatro niños que acudían al colegio.

Mientras iba descendiendo por aquella pendiente escarpada llena de zarzas y matas de tomillo y romero, Rafael escuchó el melancólico tañido de la campana de la iglesia dando la media. Desde allí se podía divisar el campanario, ya sin la familiar presencia de la pareja de cigüeñas que habían emigrado apenas unas semanas atrás. Arrancó varios frutos de un endrino que encontró a su paso y se los fue comiendo conforme bajaba hacia el pueblo, cuyos primeros tejados iban asomando lentamente. Las montañas que rodeaban todo el contorno con las faldas cubiertas de arboleda parecían aprisionarlo, tan pequeño, en medio de aquellas moles horadadas que servían de refugio a buitres, águilas perdiceras y alimoches.

Había salido muy de mañana tras muchos días de no moverse de casa por culpa de aquella tendinitis que tanto lo mortificaba. Ahora, una vez superada aquella molestia, necesitaba hacer un poco de ejercicio y, de paso, mirar de recoger un buen puñado de níscalos, quizás los últimos, para hacérselos aquella noche a la plancha con ajo y perejil. La temporada, había oído, estaba siendo muy buena y prueba de ello eran los numerosos coches que llegaban los fines de semana buscando las preciadas setas. Se había preparado un par de bocadillos, una pieza de fruta y una cantimplora con

vino y había salido a primera hora de la mañana. La experiencia había sido buena y regresaba contento con, al menos, calculó, un kilo de aquel preciado producto y, para redondearlo, un buen manojo de espárragos trigueros. Se haría unos cuantos a la plancha y el resto le diría a Milagros que se los hiciera con un buen guiso de carne de esos que a ella le salían tan bien y tan gustosos. En cuanto a los espárragos, serian ideales para hacer una tortilla.

Unas gruesas gotas lo sacaron de su ensimismamiento y aceleró el paso. A lo lejos, un pastor azuzaba a las ovejas camino del establo. El cielo, ahora ya casi negro presagiaba una buena tormenta y los rayos se iban sucediendo con más frecuencia. Cuando abrió la puerta de su casa la lluvia caía a mares y él estaba completamente empapado

La casa estaba un tanto fría y lo primero que hizo fue encender la estufa. Después, se duchó y se puso ropa cómoda. En la cocina se preparó un poco de pan con queso, sacó del frigorífico una cerveza y se sentó en el sofá quedándose, durante unos largos minutos, relajado al calor del fuego. Tras aquel refrigerio, puso música de Bach y cogió uno de los libros que estaba leyendo aquellos días. Antes de sentarse, reparó en que no había arrancado la hoja del calendario de taco que tenía pegado en la pared. Le gustaba aquella pequeña enciclopedia que le recordaba una época de su infancia siempre presente, año tras año, en la pared de la cocina. En él, además de indicar los días y los santos correspondientes, cabía encontrar un pensamiento, tal vez un refrán, una adivinanza, una frase para dar confianza, una jaculatoria… La de aquel día decía lo siguiente: «No hay árbol que el viento no haya sacudido».

Durante unos instantes, se quedó con aquel pequeño trozo de papel entre las manos y la vista perdida, como analizando lo que acababa de leer, después se entretuvo en hacer un pequeño barquito con aquella fina hoja y finalmente la tiró encima de la mesa. La lluvia azotaba los cristales y los relámpagos encendían el cielo a intervalos. Allí dentro se estaba bien y se sentía protegido. Arrimó el sillón orejero a la estufa y se fue quedando, poco a poco, sumido en un dulce y cálido sueño.

Aquel sería su segundo invierno en el pueblo. Había llegado hasta allí a mediados de septiembre, cuando los días ya se iban acortando y los atardeceres traían de las montañas un aire fresco que invitaba al recogimiento. El camión había descargado todo lo que le pareció de utilidad para aquella nueva vida, un tanto espartana, que se disponía comenzar a vivir. No quiso traerse el televisor ni tampoco el ordenador pero sí toda su colección de música, el reproductor, los libros y una vieja máquina de escribir Olivetti junto con varios rollos de cinta que había conseguido después de mucho ir y venir por viejas tiendas del casco antiguo con la intención de ir escribiendo, a modo de diario, sus impresiones en aquella tierra. También se trajo los álbumes de fotos intentando que no se le olvidaran los rostros de la gente que había significado algo en su vida. Si huía del progreso desenfrenado, de las

redes sociales, de los continuos argots en inglés, de las discusiones políticas, del consumo desmesurado, de las prisas y de los nervios, no podía seguir enganchado a todo lo que había dejado y la mejor forma era cortar por lo sano. En su lugar, una radio que ponía de tarde en tarde para enterarse de cómo iba la vida, pero ya desde una perspectiva diferente, sin involucrarse emocionalmente, igual que si viviera en otro planeta. La basura que, como un alud imparable, iba devorando mares y continentes le resultaba lejana y ajena y los numerosos incendios, casi todos intencionados, que mordían valles y montañas, algo improbable en aquella zona sin actividad agrícola ni ganadera. El mundo exterior podía estar desangrándose con el calentamiento climático, pero allí el oxígeno se metía por los pulmones con toda su pureza y por las noches el cielo se llenaba de millones de estrellas parpadeantes: Puntos brillantes que parecían asomarse en medio de la negrura del firmamento únicamente para que él las pudiera contemplar a placer en medio de un silencio sepulcral roto, de tarde en tarde, por el ladrido de algún perro o el cansino mugido de alguna vaca en el establo.

Aquella nueva vida, lejos de todo y de todos la sentía a veces como una cobarde huida; un egoísmo muy meditado; el último acto de su historia que no sabía bien cuánto podría durar. Él había tirado la toalla dejando atrás familiares, amigos y conocidos, y únicamente quería no saber, no involucrarse en el diario rodar de aquel mundo exterior que le producía miedo y aquel rincón era como una cápsula de cristal, un fanal que le protegía de todo lo malo. Años atrás, cuando la vorágine del trabajo diario lo mantenía en una continua tensión y llegaba reventado a casa, de tanto en tanto soñaba con acabar los días de esta manera. Al final lo había conseguido, pero la muerte no había permitido que su mujer compartiera con él esta vida soñada, y aquí estaba, solo, intentando encontrar, poco a poco, el camino de la paz intensa para que en el final de su vida todo estuviera en su sitio y pudiera abandonar este mundo con una mueca serena en su rostro, sin miedo y sin remordimientos.

Sin embargo, aquellos sueños de años atrás, un tanto idealizados, de una cómoda vida contemplativa se transformaron, conforme fueron pasando los días, en algo terriblemente monótono y triste, y aquel primer invierno fue un tanto duro. Había días en que le parecía ser el único habitante de un pueblo fantasma. La única señal de vida la daba el humo que, de tarde en tarde, salía por las chimeneas de algunas casas. La soledad era total y se le caía el techo encima. Y aquella soledad y aquel silencio provocaban en él una apatía difícil de explicar que lo mantenía inactivo la mayor parte del día, y en más de una ocasión hubiera dado algo por tener alguien con quien hablar. Le daba una terrible pereza comenzar a intimar con alguno de aquellos seres que veía pasar, muy de tarde en tarde, frente a la casa y con los que no tenía ningún tipo de afinidad. La nieve, de tanto en tanto, cubría todo el entorno dejándolos casi aislados del resto del mundo sin posibilidad de

salir de casa. Aquellos días, se asomaba a la puerta, de tanto en tanto, para comprobar que todo seguía inerte como una postal y se volvía a encerrar en casa. La capa blanca e inmaculada se perdía en la lejanía en medio de una bruma lechosa llena de misterio. Afortunadamente siempre tenía provisiones suficientes y un par de veces al mes ponía en marcha su coche y conduciendo por una carretera sinuosa y llena de baches se acercaba hasta otro pueblo más grande y compraba todo lo que creía necesitar y algo más, de esta forma siempre tenía la despensa llena. Para las cuatro cosas del día a día, ya se encargaba Milagros de comprarlas en la pequeña tienda que había en el pueblo.

Durante aquellos primeros meses tras haberse establecido, fue notando cómo los cuatro habitantes de aquel pequeño grupo de casas lo miraba ahora con una mezcla de curiosa indiferencia, como si fuera una visita pesada de la que no hay forma de desembarazarse. La gente de fuera venía en verano y se marchaba tan pronto como los días se iban acortando y enfriando. ¿Por qué se había venido a vivir allí aquel hombre que ni siquiera era del pueblo? ¿Qué había ocurrido con su familia? Sabían que su mujer se había muerto, pero ¿y los hijos?. Los más viejos recordaban la historia de esta familia y los que habían nacido después conocían, de oídas, la tragedia que ocurrió en aquel lugar. ¿Cómo era posible que un hombre que aparentemente tenía mundo y cultura viniera a enterrarse en aquel pueblo y para mis inri, a vivir en aquella casa maldita, aunque ahora estuviese restaurada? De una forma más encubierta ya le habían hecho esta pregunta en las escasas ocasiones en las que se lo encontraban e intercambiaban cuatro palabras de cortesía y la respuesta siempre había sido la misma; necesitaba descansar y él no era supersticioso, ya que se trataba de sus antepasados.

Sí, necesitaba descansar y organizar aquella última etapa de su existencia. De momento, y una vez pasada la dura prueba del primer invierno, se encontraba bien allí y si en alguna ocasión sintió nostalgia de la vida que había dejado, era suficiente un paseo por aquellos contornos enmarcados por un cielo que parecía poder tocarse con las manos, para que sus dudas se disiparan. Había llegado hasta aquel rincón tras mucho meditar y llegar a la conclusión de que su mundo se estaba terminando. Se dio cuenta de ello cuando muchos de sus amigos de toda la vida habían ido falleciendo, uno tras otro; cuando empezó a oír tecnicismos de los cuales no tenía el menor interés en saber su significado; personajes y personillas que salían diariamente en la televisión y que hacían del destripe del contrario su forma de vida; periodistas que buscaban notoriedad a cualquier precio y que habían suplantado la conversación y el diálogo por los gritos y amenazas mutuas; un planeta cada vez más pequeño y más contaminado. Nacionalismos excluyentes. Políticos sin escrúpulos, únicamente pensando en su propio ego mientras decían a quien quisiera escucharlos que todo lo hacían por el bien de su patria, lo que le producía un terrible mal interior cuando veía que

todas esas mentiras calaban en gran parte de la opinión pública. ¿Me estaré convirtiendo en un viejo medroso e intransigente? ¿De verdad antes era todo mejor?, reflexionaba a veces. Echaba la vista atrás intentando no idealizar aquel pasado que cada vez era más amplio frente a este futuro cada vez más reducido y para serenarse recordaba aquel viejo tango que tantos años atrás vaticinaba: «El mundo es y será una porquería, ya lo sé. En el 506 y en el 2000 también». Finalmente, la gota que colmó el vaso fue la muerte tan rápida y tan dura de su mujer. Verdaderamente, ya nada lo ataba a lo que se podía considerar «el mundo exterior».

Fue entonces cuando recordó la casa del pueblo. Hacía ya muchos años —echó la vista atrás y calculó que habían pasado más de quince— desde la última vez que estuvieron allí tras la muerte de su padre, simplemente para conocer el pueblo y echarle un vistazo, ya que las condiciones en las que se encontraba hacían inviable habitarla. Recordaba la impresión tan grande que habían sentido después de que un cerrajero, contratado expresamente, abriera aquella pesada puerta para sustituir toda la cerradura por otra nueva. Fue como entrar de repente en el pasado; un salto atrás en el tiempo; un pedazo de historia rural lo que se presentaba ante sus atónitos ojos, pues nada había sido tocado desde aquel nefasto día que su padre le narró siendo joven y que lo dejó perplejo, porque todo allí olía a secreto. Y se encontraron con la cocina con sus vasares rematados con cenefas de papel ya carcomidas representando margaritas con sus platos y vasos y también las perolas de cobre, almireces, cubiertos y sartenes de varios tamaños. En la pared, un viejo calendario con una estampa bucólica se había quedado parado en aquel fatídico mes de julio del 36. Estaban también los aperos de labranza y en la parte superior las camas hechas, con primorosas colchas de ganchillo como esperando que la vida volviera a entrar en aquella estancia, y en una de las habitaciones, un armario separado de la gruesa pared en la que podía verse una oquedad que cobijaba un pequeño colchón de lana «¡Allí había ocurrido todo!», pensó al verlo, recordando lo que le había contado su padre y una especie de velada emoción le recorrió el cuerpo.

Siguieron mirando llenos de asombro pudiendo comprobar que los armarios de roble antiguo, que presentaban un color grisáceo de haber absorbido polvo durante tantos años, estaban llenos de sábanas, ya amarillentas por el tiempo, de toallas y de ropas de hombre y de mujer y también palanganeros con empañados espejos. Sobre las camas, cuadros de santos que no supo identificar y en el pasillo había también un par de estampas enmarcadas representando escenas campestres, pero no pudo encontrar ni una sola fotografía. Alguien, antes de cerrar para siempre aquella casa había eliminado toda referencia de aquellos que habían sido sus habitantes. Las telarañas invadían los techos y rincones y los ratones iban y venían, asustados ante aquella imprevista visita. Durante todos aquellos años nadie, ni siquiera el peor ladrón del pueblo y sus alrededores se había atrevido a

penetrar en aquel entorno, como si aquel lugar estuviera maldito y su profanación trajera desgracias sin fin.

Su mujer se había quedado con alguna sábana y un par de jarrones de porcelana, más por el recuerdo que por su valor, y nuevamente la habían vuelto a cerrar. Después… habían transcurrido demasiadas cosas para ocuparse de ella y aquel recio edificio de piedra con tejas rotas y algunas ventanas sin vidrios había sido colonizado por telarañas y ratones mientras arbustos y matojos habían engullido el patio interior en un maremágnum vegetal del que sobresalían, medio asfixiados, un limonero y un ciruelo ya muy viejos. No era supersticioso y creyó que vivir allí, lejos de casi todo, era como trazar un círculo mágico a su alrededor que lo protegería de algo que no sabía bien qué era, pero que cada vez le producía más temor.

Fue más de un año lo que se tardó en diseñar, limpiar y construir la nueva casa. Había gastado todo lo que tenía en una cuenta a plazo fijo y unas acciones de telefónica; prácticamente todo lo que habían ahorrado durante los años de matrimonio. Fueron idas y venidas para vigilar los trabajos, indicar cambios y recalcar opiniones del jefe de albañiles, un hombre un tanto ceñudo pero honesto que vivía en un pueblo cercano y que cada mañana aparecía puntual con su cuadrilla para proseguir con la obra.

Los hijos, al principio, no estuvieron de acuerdo en que invirtiera tanto dinero en una casa que, más pronto que tarde heredarían pero no disfrutarían, ya que aquel pueblo les resultaba ajeno y, por lo que habían sabido, muy aburrido, Además, a las mujeres y a los hijos les gustaba la playa y no la montaña. Así que intentaron disuadirlo de todas las formas:

—Pero ¿qué vas a hacer tú solo en un sitio como ese? No eres un niño y te vas a ver en un problema como tengas algún percance. Por no tener no tenemos ni un familiar para que te cuide llegado el momento. ¿Tú crees que vale la pena gastarse todo el dinero en una casa? ¡Madre de Dios, un pueblo perdido en medio de la nada con inviernos que no terminan nunca! ¿Qué vas a hacer si te pones enfermo? ¿Quién te va a cuidar? Si verdaderamente tienes interés en abandonar la ciudad, vende aquella casa que tan malos recuerdos tiene y cómprate un apartamento en la Costa Brava y vas y vienes a tu gusto sin dejar la casa donde habéis vivido siempre.

El hecho de que hubiera desdeñado el teléfono móvil por uno fijo también era motivo de discusión:

—Vamos a ver… ¿Por qué, ya puestos, no te vas a una cueva de la montaña y te vistes con pieles? ¿Qué pasa si te caes por el campo o te ataca alguna fiera? ¡A ti no hay quien te entienda… Parece que aún no te has enterado que vivimos en el siglo XXI!

El los dejaba hablar mientras juraba interiormente que no iba a ceder ni un ápice. Era su vida, era lo que le quedaba de vida y quería vivirla a su modo. Había llegado a una edad en la que se podía permitir el lujo de no

hacer lo que no le apetecía. Lo había meditado en las noches interminables cuando el insomnio lo mantenía lúcido echado en la cama, en medio del silencio. Los hijos, al final, lo dejaron por imposible, aunque él sabía que en el fondo se la tenían guardada y nunca los vería aparecer, con sus mujeres y sus hijos, para darle una sorpresa y pasar unos días con él en aquel pueblo. Ahora, se hablaban de tarde en tarde, cuatro palabras, ya que ninguna de las dos partes tenía mucho que contar, y hasta la próxima.

Finalmente, con la obra concluida y todos los papeles en regla, un día de finales de agosto había aparecido por el pueblo un gran camión que revolucionó al vecindario. Los niños al salir del colegio y los cuatro vecinos más próximos se fueron acercaron, curiosos, y se quedaron mirando cómo se descargaban todos los muebles, cajas, alfombras y colchones para irlos metiendo dentro de la casa mientras él daba las instrucciones pertinentes. Finalmente, todo quedó medianamente ordenado. El camión se volvió a marchar, la gente, una vez acabado aquel espectáculo, se diseminó a sus quehaceres respectivos y él se quedó solo con una cierta sensación de alivio y temor en el cuerpo. ¿Estaré haciendo lo correcto o mis hijos tendrán razón? ¿Qué hago yo metido en este pueblo, completamente solo? Después, para borrar aquellos pensamientos pesimistas se puso manos a la obra y durante varios días estuvo muy atareado abriendo cajas e intentando colocar cada cosa en su sitio.

II

La última vez que había venido al pueblo, ya con la casa completamente acabada a la espera del camión con todos los objetos personales, se había dirigido hasta el ayuntamiento para hablar con el alcalde, un joven que hacía poco había tomado el mando y que lo recibió con una cierta formalidad tras hacerle esperar un rato largo. Después de saludarse y presentarse, ambos tomaron asiento.

Este joven, fuerte y de abundante y largo pelo, presentaba una cierta característica de los afiliados a partidos de izquierda, con pantalones vaqueros un tanto gastados, bambas y una camisa de cuadros rojos y negros que llevaba remangada hasta los codos. Tenía los ojos azules y las mejillas muy rojas con las características de las personas que viven en países fríos y tienen una alimentación muy rica en grasas.

El despacho, un tanto desangelado, constaba de una antigua mesa con cuatro papeles encima; un pote metálico con lápices y bolígrafos, una carpeta negra, serigrafiada, y un par de libros, dos tomos iguales, de tapas negras de cuyo contenido él no tuvo ocasión de leer. En las paredes, una foto del rey, un mapa orográfico de la demarcación y una vista del río. También había pegados un programa de fiestas con la foto de la iglesia y una normativa de la Diputación Provincial.

—Bueno, pues usted dirá.

Esperó con los codos sobre la mesa y las manos bajo la barbilla a que comenzara a hablar, con una especie de chulería que a Rafael, en un principio, le molestó. O quizás fuera la insolente juventud de aquel alcalde lo que lo descolocaba.

Verá, creo que ya se habrá percatado del jaleo que he estado montando con la reparación de mi casa. Menos mal que todo tiene un fin y después de tiempo y dinero ya puedo decir que tengo un lugar en condiciones para vivir. Venía, más que nada para presentarme y ofrecerme para lo que necesiten.

—Tengo entendido que tiene intención de quedarse a vivir en el pueblo de una manera, digamos, permanente y, perdone que se lo diga, pero eso me extraña. Normalmente, la gente que vive aquí está deseando irse a vivir a otro lugar con más vida y más oportunidades, y el resto viene uno o dos meses en verano y se vuelve a marchar tan pronto como se va enfriando

el tiempo. Por regla general aquí vive permanentemente gente mayor, del pueblo de toda la vida, y cuatro jóvenes que a la primera de cambio cogerán la maleta y se marcharán a la ciudad. Entiéndame bien, no le estoy reprochando, todo lo contrario, no faltaría más. ¡Ya nos gustaría que otras personas siguieran su ejemplo!. Simplemente le digo que nos ha extrañado. Pero bueno, usted está en su derecho de elegir dónde vivir. Aquí la gente es tranquila, aunque esto no sería un pueblo si no hubiera su buena dosis de chafardeo y malicia y más si es alguien extraño. Lo mejor que puede hacer es no hacer caso de habladurías. ¿Tiene pensado empadronarse?

—Sí, bueno, este es otro de los motivos por los que vengo. Más que nada por el tema médico. Tengo la receta electrónica para los medicamentos que estoy tomando, pero me vence a finales de noviembre y, de momento, no tengo pensado volver a Barcelona. Así que ya me dirá lo que necesito para empadronarme y poder hablar con el médico.

—Pues poca cosa, fotocopia del DNI y de la célula de habitabilidad y también un certificado del padrón anterior.

—Eso tendré que pedirlo y tardará tiempo —le respondió un tanto desanimado por la burocracia que se le exigía.

—No se preocupe. Como nos conocemos le daremos de alta y ya nos lo traerá cuando lo reciba. Mire, rellene esto y ya nos encargaremos nosotros del resto. ¡Todo es burocracia, pero hay que seguir las reglas! —le dijo el joven alcalde, como si hubiera leído su pensamiento. Rafael, conforme hablaba con él iba cambiando la opinión que se formó al comienzo de aquella conversación. Parecía un hombre centrado y responsable.

—¿Y referente al médico…?

—Dentro de una semana estará todo arreglado. Vaya tranquilo, le respondió el joven con una media sonrisa.

Rafael rellenó el impreso que le facilitó y en la impresora hicieron una copia del DNI.

—Mañana viene el secretario, ya le entregaré todo para que lo tramite rápidamente. No se olvide de solicitar los documentos que faltan y cuando los tenga nos los trae.

Grapó los dos papeles y los metió dentro de una carpeta.

—Bueno, pues bienvenido a la comunidad —le dijo el joven con una amplia sonrisa.

—Gracias. Pero creo que sabe que por la rama paterna toda mi familia nació aquí.

—Sí, me parece que mis bisabuelos llegaron a conocer a su familia —le respondió el joven mientras buscaba algo en un cajón— y bueno —se enderezó de nuevo y lo miró a los ojos—, sé la historia de la casa, ¡quién no!, y todo lo que pasó al comienzo de la guerra. Y con respecto a lo del empadronamiento, váyase tranquilo y no se preocupe.

—A ver cómo paso el invierno. Soy catalán y no estoy muy acostumbrado a estas temperaturas tan extremas. Mi padre me explicaba que se pasaban días y días sin poder salir por las grandes nevadas que caían entonces.

—Y sí, aquí son muy duros y largos aunque, según me cuentan también mis padres, ni por asomo con lo que caía hace años, que era una nevada sobre otra. Ahora caen un par de nevadas al año y pare usted de contar. Por otra parte, las casas son más confortables. La suya, por ejemplo, se ve muy recia y está muy bien orientada.

—Sí, ha quedado muy acogedora. Si algún día pasa por allí, estaré encantado de enseñársela.

Dirigió la vista hacia una estufa que, ahora apagada, ocupaba el centro de una de las paredes de aquel despacho.

—Perdone por la intromisión. ¿Es de leña esa estufa? Tiene muy buena pinta y yo necesito comprarme una antes de que lleguen los fríos.

—No, qué va. Es de un material que se llama pellet, un tipo de píldoras de madera prensadas que se vende en sacos y es limpio y bastante económico.

—No lo había oído nombrar nunca.

—Espere, voy a mirar si queda algo del pasado invierno en el depósito y se lo enseño.

Extrajo un par de pequeños cilindros, como cápsulas de madera y se los entregó:

—Mire, esto es. No tiene usted que estar pensando en traer leña y almacenarla, además del humo y la suciedad que ocasionan las estufas convencionales… y calienta mucho.

—¡Pues no tenía ni idea! ¿Dónde me puedo enterar de precios y modelos?

—Bueno, yo podría decírselo, pero creo que es mejor que lo consulte con Lorenzo que está más al día de modelos y precios. Si le interesa, él podría instalársela. Normalmente, la gente del pueblo que tiene este sistema la ha comprado en la ferretería del pueblo grande. Pero, como le he dicho, antes consúltelo con él que está más al día.

—Sí, lo haré. Precisamente mañana he quedado con él para ultimar unas cosas pendientes. Bueno, pues no lo molesto más. Gracias por todo.

—¿Gracias de qué, hombre? —El joven alcalde esbozó una amplia sonrisa mientras se incorporaba hasta la puerta de salida.

Ya en la calle se dieron la mano.

—Ah… Y si se siente aburrido acérquese al centro que tenemos aquí al lado para la gente mayor. Tiene televisión y juegos, y en invierno se está caliente. Son cuatro gatos, pero se hacen compañía y pasan el rato distraidos. Ahora ya no es como antes, que el campo y los animales ocupaban todas las horas del día. Por no haber, no hay ni cerdos ni matanzas. Todo

se compra ya limpio y preparado. Así que el tiempo, sobre todo en la época de frío, se hace eterno.

—Gracias —le respondió Rafael sin mucho convencimiento.

Volvieron a darse la mano. Se veía que no tenía demasiado que hacer porque se quedó hablando con un parroquiano que pasaba por allí en aquel momento con cuatro ovejas.

Durante el tiempo que duró la obra estuvo yendo y viniendo a intervalos desde Barcelona hasta aquel pueblo burgalés. En tales ocasiones estuvo parando en la única fonda que había en el pueblo. Normalmente eran dos o tres días de estancia: echar un vistazo a la casa, discutir cambios o modificaciones e intercambiar opiniones con Lorenzo, el jefe de la obra.

Este hombre, enjuto y empedernido fumador era natural de Granada. Vivía en otra demarcación, distante apenas veinte kilómetros, pero tenía pensado construir una casa en este pueblo y traerse a la mujer y tres hijos, además de su suegra, viuda, dado que el trabajo no le faltaba.

Era una persona muy discreta y poco habladora. Entre los dos hombres se fue estableciendo una cierta complicidad. A veces hablaban por teléfono y cuando él venía comían juntos en la fonda donde Rafael paraba ocasionalmente. Además de la obra, durante la comida salían a relucir temas personales. Lorenzo le contó que tenía un hijo con cierto retraso intelectual:

—Tiene ya diez años y se comporta como un niño de tres. Le digo que ahora, tanto mi mujer como yo estamos resignados a tener que cuidarlo toda la vida, pero al principio, cuando nos lo dijeron en la ciudad no podíamos hacernos a la idea y sobre todo mi mujer, creo que no lo ha superado aún. A veces la veo secarse alguna lágrima y no tengo que preguntarle lo que le pasa porque ya sé en qué está pensando.

—Sí, debe de ser un golpe muy duro —le respondía Rafael sin más argumentos que llevarse a la boca mientras daba gracias al cielo por tener dos hijos sanos y fuertes.

La pensión era una casa de dos plantas situada en el centro del pueblo regentada por dos hermanas, ambas solteras y ya sesentonas, llamadas Petra y María, pero que todo el mundo las conocía como Las Lucas cuando se refería a ellas en plural. Este nombre, por lo visto venía desde los tiempos de su padre, que había sido alcalde del pueblo durante muchos años y se llamaba Lucas.

La parte de abajo estaba dedicada a la vivienda propiamente dicha de las dos mujeres con la cocina y un pequeño almacén. A la parte alta se podía acceder desde la cocina y también por unas escaleras exteriores con macetas en los laterales. Había un amplio salón-comedor, un lavabo y tres habitaciones para huéspedes. El hecho de tener la cocina en la planta baja las obligaba a estar subiendo y bajando en las horas de las comidas, cosa que no parecía importarles demasiado. En la pared exterior había un gastado letrero

ovalado de porcelana con letras negras que indicaba el negocio: «HOSTAL GALLARDO», ya que este era el apellido paterno.

Las dos mujeres, de una edad muy similar, eran amables y obsequiosas. La mayor, Petra, era delgada y tiesa como un huso, seria y reflexiva con una prominente mandíbula que le daba un cierto aire caballuno, era la que tomaba las decisiones en aquel negocio. María, por el contrario, era más pequeñita y regordeta con unos eternos colores en las mejillas y un tanto atolondrada, se reía por nada y daba la sensación de que estaba siempre pensando en las musarañas. Cada vez que llegaba al pueblo lo recibían con una sincera amabilidad. La verdad es que, quitando los dos meses de verano, la actividad en aquella casa era muy baja, limitándose a pescadores y cazadores en la época y algún turista despistado fuera de temporada.

Se comía bien y en abundancia, y la habitación era limpia y cómoda. A veces, tras la cena, se sentaban a su lado al calor de la estufa y hablaban un poco de todo mientras ellas hacían calceta o ganchillo. Rafael se dio cuenta enseguida que hacían, de tanto en tanto, preguntas capciosas para enterarse de su vida y el porqué, estando solo, había tomado una decisión tan rara como era la de venirse a vivir a aquel pueblo de mala muerte.

Poco antes de que terminaran las obras, les preguntó si conocían alguna mujer que estuviese disponible para ir un par de días a la semana a su casa y hacerle las faenas.

—Ahora en este momento no caemos, pero déjenos que ya miraremos si hay alguien disponible, aunque aquí es bastante difícil.

—¿Y Milagros, la viuda de Alfredo? —preguntó la más joven dirigiéndose a su hermana.

—¿Milagros…? No lo sé. Es una mujer muy rara y reservada. Bueno —ambas dirigieron sus miradas hacía él—, no se preocupe, que a la mínima que podamos algo caerá, que a la que más y la que menos no le viene mal un dinero extra .Por nosotras no va a quedar.

—Pues muchas gracias. Es algo que llevo pensando desde que comenzaron las obras, pero creí que no era un tema que no sería necesario empezar a mover con tanto margen de tiempo por delante. Pero ahora sí que me urge, ya que a primeros del mes que viene, si no ocurre nada, me vendré a vivir definitivamente al pueblo.

Apenas cuatro días después de haberse instalado, cuando estaba a punto de ponerse a comer, llamaron a la puerta.

Era una mujer alta y fuerte, ya cuarentona, entrada en carnes y con un pelo teñido en color caoba. Iba discretamente vestida, aunque se veía que se había arreglado para aquella visita. Venía con ella un niño de unos cinco o seis años que se escondió tras ella tan pronto como abrió la puerta.

—Buenos días.

—Buenos días, respondió la mujer. Me han dicho las de la pensión que anda usted buscando una persona para las faenas de la casa —le dijo con voz austera, esquivando su mirada.

—Sí, es verdad.

—Bueno… yo podría venir, aunque no todos los días y solamente por las mañanas.

—Está bien. Con que venga un par de veces por semana ya me vale.

—¿Y qué tendría que hacer?

—Bien, lo principal es lavarme y plancharme la ropa, limpiar la casa y si le queda tiempo y gana, hacerme algo de comida. Nada complicado, yo no soy muy exigente.

—Y… ¿cuánto cobraría? Echó una ojeada a su alrededor como si temiera que alguien pudiera inmiscuirse en aquella conversación.

—Entre, mujer, y no se quede en la calle. De paso le echa un vistazo a la casa.

Se hizo a un lado para dejarla pasar, aunque ella, con cierta reserva, apenas sí se movió una vez cruzado el umbral de la puerta de entrada. Con curiosidad estiró el cuello para poder abarcar el salón, ya que la puerta de acceso estaba abierta y después juntó las manos esperando una respuesta a la pregunta que había formulado en la calle.

—Con referencia a lo del sueldo pues no sé… ¿Cuánto cree usted que puede cobrar?

—Yo no he trabajado nunca en ninguna casa. Vengo porque soy viuda con este niño y otro más pequeño que me cuida mi madre y una ayuda no me vendría mal. Dígame cuanto me pagaría y yo le diré si estoy de acuerdo.

—Vamos a ver. —Rafael estuvo haciendo mentalmente números durante unos segundos—. ¿Qué le parecen veinticinco euros cada día?

—Me parece bien —le contestó tras un breve silencio, como sopesando la cantidad que le había ofrecido.

—Bueno, pues si quiere, ya puede empezar mañana, que tengo la casa manga por hombro. Como mañana es martes, podemos establecer los martes y los jueves de diez a dos. ¿Qué le parece?

—Yo, si no tengo ninguna cosa urgente me da igual un día que otro.

—Bien, pues la espero mañana a las diez y vamos viendo sobre la marcha. ¿Cómo se llama usted?

—Me llamo Milagros.

—Yo Rafael.

—Tanto gusto.

—Igualmente.

Al darse la mano, Rafael se sintió un poco molesto consigo mismo. Su mano suave contrastaba con la de la mujer, áspera como la piedra pómez; una mano que llevaba encima, con toda seguridad, mucho trabajo durante muchos años

—¿Y tú? —Se dirigió al niño mientras le acariciaba el pelo. Tenía una cara redonda, con mejillas muy coloradas y grandes y expresivos ojos negros. ¿Cómo te llamas?

El niño se pegó de nuevo a las faldas de su madre.

—¡Venga, hombre, dile al señor cómo te llamas! A ver si vas a estar todo el día hablando como una cotorra y ahora no vas a abrir la boca… Se llama Alfredo, igual que se llamaba su padre —respondió con cierta melancolía al ver que el niño se negaba a responder.

Desde aquel día, la presencia de aquella mujer se fue haciendo imprescindible en aquella casa. Milagros era una mujer muy habilidosa, limpia, buena cocinera y muy prudente. Rafael reconocía que había tenido suerte en este sentido.

Pocos días después, mientras faenaba por la casa, él le hizo una pregunta sobre el alcalde.

—Milagros, le quiero hacer una pregunta. ¿Qué partido está ahora en el ayuntamiento? Estuve allí, pero no quise preguntar y parecer como un tonto por no saberlo aún.

—Esos del melenudo de la coleta, no recuerdo cómo se llaman.

—¡Ah…! ¿Podemos?

—Sí, esos mismos.

—¿Y qué tal van funcionando?

—Mire, tanto da que manden unos que otros. Todos van a la suya, a hincharse los bolsillos hasta que venga otro que hará igual —le respondió con voz resignada mientras seguía con la faena.

—¿Está casado?

—No. Vive con su madre, viuda.

Rafael, en la época en que se fue a vivir al pueblo contaba setenta y cinco años de edad. Era de constitución recia, ancho de hombros y de estatura ligeramente superior a la media. Tenía el cabello muy blanco, un tanto largo con rizos en la nuca, ojos verdosos bajo unas pobladas cejas, boca grande y una nariz proporcionada. Tenía apariencia de maestro de escuela, profesor de música o director de alguna empresa.

En realidad su trabajo había sido la banca, a donde entró de jovencito en una pequeña sucursal del barrio. Con el paso de los años fue subiendo de categoría, pasando de una a otra oficina según las necesidades hasta terminar como director en una más que mediana entidad en el centro de Barcelona.

Su trabajo y su trato con un público heterogéneo le habían conferido un carácter tranquilo y distante. Sabía escuchar y no pronunciaba dos palabras sin haberlas meditado antes, procurando siempre no herir a la parte contraria, aunque a veces tuviera que morderse la lengua ante algún energúmeno sin educación. Sin embargo, por lo general, los clientes de aquel banco eran gente tranquila y amable; dueños de pequeños negocios de las